

## La estructura social no es ya la misma

PARA EXAMINAR los cambios de la sociedad desde una perspectiva histórica dividiremos esta sección en cinco partes, dedicadas sucesivamente a la no superada condición de país subdesarrollado de México, la profundización de la desigualdad característica de toda nuestra historia, los rasgos fundamentales y los quiebres de la política social del periodo estudiado, algunas de las principales modificaciones de la estructura de clases y el marco de las luchas actuales y por venir.

Avances indudables, subdesarrollo insuperado

Es sabido que desarrollo y subdesarrollo son términos relativos, y que el atraso inherente a este último es principalmente en comparación con las condiciones alcanzadas por los países industriales. Pero ni el contraste y contradicciones entre el uno y el otro ni los factores que impulsan el crecimiento pueden describirse y menos aún explicarse con unos cuantos indicadores económicos. Conviene no perder de vista la advertencia de la ONU en su propuesta para la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social efectuada en 1995 en Copenhague, a nuestro juicio de una total pertinencia en el México de finales del siglo xx: lo que

...se percibe es un impresionante panorama de adelantos humanos sin precedentes y de padecimientos humanos inenarrables, ...de una pasmosa propagación de la prosperidad a escala mundial junto a una deprimente expansión a escala mundial de la pobreza. Como ocurre tan frecuentemente en las cuestiones relativas a los seres humanos, nada es simple y nada está inmovilizado para siempre.<sup>1</sup>

\*Estando ya en prensa el presente libro, falleció Fernando Carmona, quien había participado en su elaboración no sólo activa sino entusiastamente. Los coautores expresan su profunda pena por la gran pérdida que representa la partida de tan estimado intelectual y querido compañero, y hacen llegar su más sentido pésame tanto a su esposa Ana I. Mariño, como a sus hijos.

<sup>1</sup>Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Informe sobre Desarrollo Humano 1994, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, p. 1.

Como de manera desigual en todos los países durante la segunda mitad del siglo xx recién concluido, en México son indudables tanto las limitaciones, contrastes e incluso aberraciones como los progresos alcanzados, por ejemplo, según los numerosos indicadores estadísticos combinados y ponderados con distintos criterios y definiciones por los investigadores y técnicos del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) para calcular los Índices de Desarrollo Humano (IDH), concepto que no se limita al mero crecimiento económico sino que asimismo incluye y pondera múltiples datos demográficos, ecológicos, educativos, culturales, políticos, así como sobre la situación de la mujer, la distribución social de los beneficios y penalidades y otros, reveladores tanto del desarrollo alcanzado como de la insuficiencia del mismo en más de 170 países.

Los informes de este organismo con el título de Desarrollo humano, el primero de los cuales fue publicado en 1990, facilitan una rápida consideración sobre los alcances del desigual progreso social logrado en México en comparación con etapas anteriores de su propia historia reciente y también con las naciones desarrolladas industriales, los países “emergentes” y otros del Tercer Mundo. Esta información permite apreciar que la distancia cuantitativa de los indicadores de nuestro país respecto al Primer Mundo se ha acortado en las últimas décadas, pero que alcanzar los niveles y calidades de éste requerirá una profunda transformación estructural e institucional, una política económica y social distinta de la aplicada hasta hoy en aspectos fundamentales y varias décadas más.

Así, por ejemplo, además de cambios como los mejores índices de mortalidad o la creciente esperanza de vida al nacer, considérese que según esta fuente en nuestro país el analfabetismo entre los mayores de 15 años descendió de 31 por ciento en 1970, a 10 por ciento en 1985 y 9.2 por ciento en 1998, en tanto que en este año el PNUD lo calculaba en 1 por ciento o menos para Estados Unidos, Canadá, Japón, Australia y los países más desarrollados de Europa, 2.5 por ciento para Sudcorea, 3.3 por ciento Argentina y 3.6 por ciento Cuba, aunque –digamos– en Libano, la proporción era 14.9 por ciento, en Brasil 15.5 por ciento, en China 17.2 por ciento o en Arabia Saudita 24.8 por ciento y desde luego aún más alta en la mayoría de países de desarrollo humano bajo. Otro dato, la tasa de matriculación en escuelas de los mexicanos de seis a 23 años de edad fue de 62 por ciento en 1990 y 70 por ciento en 1998, en esta última fecha en Chile era ya de 78 por ciento, en Argentina de 80 por ciento, en Brasil de 84 por ciento, en Corea de 90 por ciento, en países como Estados Unidos y España 94 por ciento en tanto que para Canadá se calculaba en 100 por ciento, etcétera.

Según las cifras oficiales mexicanas procesadas y publicadas por el PNUD en sus informes anuales, los habitantes con acceso al servicio de agua potable aumentaron de 62 por ciento del total en 1975 a 77 por ciento en 1988 y a 85 por ciento en 1998, en todos los casos muy por debajo de los países desarrollados y aun otros subdesarrollados; en 1998 la posibilidad de que no sobreviviera hasta los 40 años alcanzaba al 10.4 por ciento de la población nacional, en tanto que en países desarrollados la posibilidad de no sobrevivir hasta los 60 años (no hasta los 40), iba de menos de 9.2 por ciento como en Australia, Noruega y Canadá, hasta 11.6 por ciento en Alemania, Francia, Japón, Italia o España, no obstante lo cual la esperanza de vida al nacer, desde luego dentro de parámetros cualitativos inferiores para la mayoría, aumentó en México de 57 años en 1960 a 69 en 1987 y 72.3 en 1998, en un periodo en el que en esta última fecha sólo en una minoría de países subdesarrollados el coeficiente no llegaba a los 70 años y en todas las naciones industriales rebasaba los 75 e incluso en no pocas, como Canadá, Suecia, Francia, Suiza, Italia, Noruega, Islandia, España, Grecia o Japón, alcanzaba entre 78 y 80 años. La tasa mexicana de mortalidad de menores de cinco años triplica a la de los países industriales en conjunto, el número de médicos por cada 1,000 habitantes era inferior en 63 por ciento y el de científicos y técnicos en 83 por ciento, etcétera.

Podrían multiplicarse los ejemplos, pero creemos que los anteriores son suficientes para reconocer que pese al cambio positivo que denotan muchos indicadores, México sigue siendo un país subdesarrollado, como se advierte en el atropellado crecimiento de barriadas, vialidad y la mayoría de los servicios en las ciudades, en la persistencia y proliferación de la pobreza y aun la miseria urbana y rural, la desnutrición especialmente grave entre la niñez y sobre todo en numerosos poblados indígenas, en las desigualdades y profundos contrastes y contradicciones sociales, en la cada vez mayor dependencia estructural de los Estados Unidos no sólo comercial, financiera y técnica sino también en la incontenible migración de trabajadores mexicanos y hasta el narcotráfico. Bajo la férula neoliberal nuestra situación social relativa en el mundo se ha rezagado en aspectos en que en el Primer Mundo, en países del sudeste asiático y otros del Tercer Mundo se lograban mayores avances.

El adelanto social en México –como en Latinoamérica y otros países del Tercer Mundo– ha sido más lento en las décadas de neoliberalismo y además opacado por el innegable hecho de la extensión de la pobreza y la miseria. Pero las grandes dificultades económicas impuestas por el pago de la deuda exterior y las “condicionalidades” neoliberales del FMI aceptadas por los gobiernos mexicanos desde 1982, no paralizaron cierto mejoramiento de los niveles de salud, escolaridad y otros indicadores de progreso social, y aunque poco, el Índice de Desarrollo Humano de 0.687 en 1975 (de un máximo teórico posible de

1,000)<sup>2</sup> calculado para nuestro país, ascendió a 0.731 en 1980, o sea, que aumentó en 6.4 por ciento en cinco años de desarrollismo estatista liberal, aunque después, durante las “dos décadas perdidas” sólo alcanzó 0.784 en 1998, es decir, una mejora de apenas 7.2 por ciento en 20 años. El insuficiente y cualitativamente pobre progreso de la mayoría de la población en esos 23 años se refleja en el dato de que el PIB per cápita a precios constantes creció 29.6 por ciento, pero el IDH sólo subió 14.5 por ciento.

La información de otras acreditadas fuentes internacionales también muestra, inequívocamente, que México sigue siendo un país subdesarrollado. No sólo las de carácter público como el Banco Mundial o la CEPAL, sino también las de tipo privado como el ya célebre Foro Económico Mundial (World Economic Forum) que reúne anualmente en Davos, Suiza, a potentados, especuladores, gobernantes y políticos “globalifílicos” del planeta, el cual, entre 59 países seleccionados, sitúa a México en el lugar 50 por la calidad de su educación (únicamente a nueve países se les atribuye peor calidad que al nuestro), el 51 por la independencia del Poder Judicial, el 52 por su estabilidad institucional y el grado de corrupción (hay siete peores, como Rusia y otras ex repúblicas socialistas), el 53 por su eficiencia fiscal; a nuestro país del Fobaproa-IPAB, se le asigna el lugar 56 por la calidad de su sistema financiero (sólo tres peores),<sup>3</sup> situaciones éstas que frenan el crecimiento económico y limitan nuestro desarrollo social y humano.

No de balde si con sus cálculos el PNUD clasificaba a México, desde mediados de la década de los setenta hasta los primeros años noventa, entre los países de “alto desarrollo humano”, en los últimos años lo ubica entre aquéllos de “desarrollo humano medio”. Pero si como una y otra vez se reitera, por su PIB nuestro país es actualmente la 15a. o 16a. economía del mundo y la 8a. por el monto de sus exportaciones, por su desarrollo humano ocupa la 55a. posición, como vimos atrás de todos los desarrollados y de una treintena del Tercer Mundo.

Entendamos que restablecer tan solo los niveles de vida promedio registrados a principios de los años ochenta, cuando no obstante las más de cuatro décadas previas con el más rápido crecimiento económico de nuestra historia, éramos un endeudado país subdesarrollado con bajos IDH como ya vimos, requerirá tasas de un desarrollo económico sostenido y sustentado en una explotación en verdad racional de nuestros recursos naturales no renovables y renovables,

<sup>2</sup>Los países más desarrollados alcanzaban en 1998 IDH entre 0.899 para España y 0.935 para Canadá, en su mayoría de más de 0.911. Países como Corea del Sur tenía 0.854, Argentina 0.837, Chile 0.826 y Uruguay 0.825. Cuadros correspondientes en Informe sobre Desarrollo Humano 2000, Ediciones Mundi-Prensa, Madrid-Barcelona-México, 2000.

<sup>3</sup>Véase David Márquez Ayala, Reporte Económico, “Davos y Porto Alegre. Las dos globalizaciones”, La Jornada. México, 12 de febrero de 2001, p. 24.

mucho más elevadas que la de 1982-1997 y seguramente durante dos decenios o más, sin olvidar que pese a la disminución de la tasa demográfica la población nacional habrá aumentado en ese tiempo quizá en unos 20 millones de personas.

Desde luego el problema no consiste en construir cualesquier modelos econométricos para calcular, sobre determinados supuestos “endógenos” (internos) y “exógenos” (externos, independientes de la economía propia), cuántos años requiere esa carrera con la historia, sino en la creación de las condiciones políticas, sociales y económicas nacionales y en nuestras relaciones internacionales necesarias para iniciar el camino hacia el logro y la superación de ese mínimo objetivo, en el plazo siquiera de dos o tres lustros.

### Riqueza concentrada y pobreza mayor

En la introducción al informe del PNUD a la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social de 1995 ya citado, se sostiene una verdad inobjetable que es exactamente lo contrario del tipo de desarrollo que impulsa el capitalismo de los oligopolios transnacionales, por obra del capital monopolista y su inmenso poder sobre el mercado “libre”, sobre el Estado “democrático” y la sociedad “abierta”, adobado todo por una ideología, la suya neoliberal dominante en el mundo urbanizado, cosmopolita y consumista de hoy: en cada país y en el mundo se requiere un “desarrollo sostenible ... que no sólo suscita un crecimiento económico sino que también distribuye equitativamente sus beneficios ... otorga prioridad a los pobres ... favorece a los seres humanos, favorece a la naturaleza, favorece la creación de empleos y favorece a la mujer”<sup>4</sup> (también a la infancia, hay que decir).

Pero, ¿se puede “pedir peras al olmo”, al olmo capitalista y en particular al oligopólico transnacional que pregona la “libertad de comercio”, la “desregulación”, la “flexibilidad laboral”, la “competitividad” y la “democracia certificada”? La experiencia mexicana y de las mayorías del mundo nos demuestra que seguramente no; mas el esfuerzo por modificar la desfavorable correlación de fuerzas existente y arrancar ajustes y correcciones sustanciales al sistema político y a la política económica interior y exterior, así como a la política social y cultural, que favorezcan a los más necesitados, creen una mínima pero adecuada igualdad de oportunidades y afiancen nuestra soberanía nacional, exige conocer a fondo y evaluar la realidad y las contradicciones en las que se deberá actuar.

No hay estadística que mida realmente lo que para cada miembro de las familias mexicanas –niños, adultos, ancianos y sobre todo mujeres– significa la con-

<sup>4</sup>Informe sobre Desarrollo Humano 1994, op. cit., p. III.

dición de pobre y peor aún, la de indigente, en términos de incesantes penalidades: precaria escolaridad, débil capacitación para el trabajo moderno y bajos niveles de conciencia y organización cívicos y políticos; insuficiencias alimentarias, hacinamiento e insalubridad; desesperanza, angustias y frustración continua y pocas y azarosas oportunidades de mejorar la calidad de vida; muerte prematura por enfermedades curables no atendidas, todo ello sin demérito de la solidaridad social que suele ser mayor entre los pobres ni del avance social y político que denota el despertar indígena –“a los 500 años”–, los modestos avances en materia de derechos humanos o el debilitamiento de viejos prejuicios de diverso tipo.

Tampoco se pueden medir cabalmente las consecuencias de las crecientes desigualdades en el seno de cada sector o clase, ni de los contrastes lacerantes de la pobreza de los más con la opulencia de los menos, ni todas las negativas implicaciones para el desarrollo futuro de México de la permanente y ahora de nuevo agravada injusticia social, de los estragos que causan al desarrollo de la economía, a las capacidades creativas y a la potencialidad nacional las privaciones de la mayoría, o sea la situación que en México no se ha superado desde la Colonia, cuando el barón de Humboldt lo definió como “el país de la desigualdad”.

El capitalismo del subdesarrollo enraizado aquí desde hace unos 130 años ha preservado y profundizado desigualdad y contrastes, desde luego con cambios en los niveles y calidad de vida y la propia definición de la pobreza a que da lugar el general progreso humano,<sup>5</sup> por lo cual las condiciones de los pobres del Tercer Mundo no son las mismas que las de los pobres del Primer Mundo y también difieren las causas. En Latinoamérica, nos recuerda el chileno Vuskovic en su libro póstumo:

Estas condiciones no dependen tanto del grado general de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas, sino de la concentración extrema de los activos y los productos económicos en capas minoritarias de la población, configurando rasgos de desigualdad extraordinariamente pronunciados como resultado inevitable de los patrones de desarrollo e inserción externa predominantes.<sup>6</sup>

Así ha sido en la historia de México, con algunas mejorías promediales durante efímeros periodos y mayor polarización en otros tan largos como el porfirato o el neoliberal de hoy, que cuantitativa y cualitativamente nos diferencian del Primer Mundo.

<sup>5</sup> Cabe preguntarse si hoy día la canasta básica no debiera incluir bienes, desde luego de más sencillos y baratos y en la mayor medida posible en urbes y agro, tales como estufa, refrigerador, licuadora, radio e incluso televisor a color, amén de servicios públicos de agua, electricidad, transporte y teléfono.

<sup>6</sup> Pedro Vuskovic, *Pobreza y desigualdad en América Latina*, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM, Colección Alternativas, México, 1993, p. 9.

Un estudio sintético que trata de llamar atención a cuestiones fundamentales en un libro como éste, tiene que apoyarse en la estadística disponible aunque sin olvidar sus limitaciones. Los datos oficiales, empero, no logran ocultar la permanencia de la desigualdad, pues no obstante cambios en los criterios de clasificación, posibles fallas técnicas y de ejecución o la manipulación e incluso ocultamiento de resultados, exhiben ciertas inconfundibles tendencias.

La información elaborada por el Banco Mundial originada en estadísticas oficiales de cada país deja a las claras que la desigualdad social en México, donde el 10 por ciento de la población –decil se le llama a cada fracción de 10 por ciento– con ingreso más alto recibe el 42.8 por ciento del total y los cuatro deciles, o sea, el 40 por ciento de las familias con el ingreso menor apenas alcanza el 10.8 por ciento del total. Los respectivos datos de los Estados Unidos, la nación con más millonarios del planeta, son de 30.5 y 15.7 por ciento, porcentajes que son todavía menos desiguales en otros países del Grupo de los Siete como Japón y Canadá. En México el decil más alto cuadruplica al 40 por ciento más pobre en tanto que en los Estados Unidos no llega al doble y en otros países es incluso inferior (en Italia aquél es 4.0 por ciento y en Japón 12.5 por ciento menor que éste),<sup>7</sup> y la desigualdad en nuestro país es también manifiesta respecto a muchos países subdesarrollados.

Veamos más de cerca la situación mexicana con el auxilio de cifras provenientes de encuestas y censos oficiales ordenadas por “quintiles”, o sea, por segmentos de la población cada uno del 20 por ciento del total:

CUADRO 1  
DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO POR FAMILIAS  
(Porcentaje)

Quintiles	1950	1970	1983	1994	1998
Primero	5.6	3.8	4.0	4.4	3.1
Segundo y tercero	18.3	21.7	23.0	21.0	19.9
Cuarto	16.7	18.7	22.3	20.1	20.4
Quinto	59.4	55.8	50.7	54.5	56.6

Fuente: Reordenación con datos del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), provenientes básicamente de Encuestas de Ingresos y Gastos Familiares, Estadísticas Históricas de México, t. I. 4a. ed., enero de 1999, cuadro 5.14, p. 281 y la Encuesta de 1998 (tercer trimestre), cuadro 3.5, divulgada en disco compacto.

<sup>7</sup> Cfr. The World Bank, World Development Report 2000/2001, Washington.

Este casi medio siglo muestra que en todos los años consignados el 20 por ciento de familias mexicanas con el ingreso más alto concentró más de la mitad del total, con máximos de 59.4 por ciento del total en 1950 después de dos decenios de un rápido crecimiento que se prolongaría hasta 1981 y de 56.6 por ciento en 1998. En este largo periodo el 60 por ciento de las familias con menor ingreso –quintiles primero a tercero–, sólo en tres de los años seleccionados sobrepasó la cuarta parte, con un máximo en 1983, al arranque neoliberal, cuando aún se protegía de la competencia exterior a las empresas, se preservaba el empleo y perduraban efectos de los aumentos salariales compensatorios de 1982, último año del gobierno de López Portillo.

Las dos décadas 1950-1970 están entre las de mayor crecimiento de la economía al que corresponde el notable aumento del número de asalariados obreros y empleados, reflejado en el incremento de la participación en el ingreso de los quintiles segundo y tercero en cerca de 26 por ciento y el de las capas medias y pequeñoburguesas (incluidas en parte en aquellos quintiles y sobre todo en el cuarto, que aumentó casi un tercio), pero a la vez descendía la participación de las familias más pobres en un 25 por ciento y el de aquéllas con el mayor ingreso en un 15 por ciento.

Los datos de 1983 a 1998 muestran nuevos descensos del quintil inferior, del 4 al 3.1 por ciento del total, o en un 22.5 por ciento, de los tres con un menor ingreso en un 13.5 por ciento y del cuarto quintil en un 8.5 por ciento, todos en beneficio del quinto, el de los prósperos, quienes en tres sexenios de virtual estancamiento del PIB por habitante aumentaron su participación en el total en cerca del 12 por ciento (de 50.6 a 56.6 por ciento), por obra de cambios estructurales que los beneficiaron aún más en tanto que crecían la economía informal, el subempleo y el desempleo (diga lo que diga la mentirosa estadística oficial que convierte a la economía mexicana en una de las de menor tasa de desempleo “abierto” en el planeta) y la baja de los salarios reales.

Si bien, algunos años de inestables repuntes económicos durante los sexenios gubernamentales de Salinas, cuando el quintil superior elevó en 7.5 por ciento su participación en el ingreso y durante el recién concluido de Zedillo (aumento de 3.9 por ciento según estos datos), lo ocurrido en ellos sustancia la afirmación antes transcrita de Pedro Vuskovic, que un reconocido especialista mexicano convalida al referirse así a los años 1996-2000: “Cuando el modelo económico seguido hasta ahora en México logra generar crecimiento, lo hace acompañado de una creciente concentración del ingreso y un incremento de la pobreza entre los estratos más pobres”; “Hacia abajo –añade– sólo migajas”.<sup>8</sup>

<sup>8</sup>Véase Julio Boltvinik, “El crecimiento causó concentración de la riqueza y más pobres”, entrevista concedida a La Jornada, 21 de agosto de 2000, y “As bajo la manga”, en ibidem, 1o. de septiembre de 2000.

Todo lo anterior son sólo algunas expresiones generales e incompletas de la desigualdad social en México, que tiene numerosas manifestaciones, unas ancestrales provenientes de supervivencias precapitalistas combinadas con otras propias de la dinámica del capitalismo subdesarrollado, dependiente y deforme que padecemos, impregnado de corrupción e impunidad multiplicadas con las reformas neoliberales exaltadoras del mercado y de la privatización. Naturalmente la desigualdad social también se expresa regionalmente. Por ejemplo, en 1995 entre 31.7 y 35.3 por ciento de las viviendas carecían de agua entubada en Chiapas, Oaxaca, Guerrero y Veracruz, entidades federativas de las menos urbanizadas del país y con una fuerte presencia de población indígena, donde la PEA con ingresos de hasta un misérrimo salario mínimo comprendía entre 49.5 y 60.9 por ciento, el analfabetismo de los mayores de 15 años entre 16.4 y 26 por ciento y el PIB anual por habitante entre 1,304 y 1,862 dólares, bien abajo de los promedios nacionales.<sup>9</sup>

No entraremos a ilustrar el contraste social entre las ciudades y el campo, entre los estados de la Federación o entre los barrios residenciales lujosos y los más pobres en cada ciudad importante, contraste presente en todo el país e implícito en las cifras sobre el ingreso familiar antes examinadas. Nos limitamos a contrastar los datos del párrafo anterior con los del Distrito Federal, Baja California Sur, Coahuila y Nuevo León, entidades donde el déficit de agua entubada iba de 2 a 9.5 por ciento de las viviendas, la PEA con un salario mínimo abarcaba entre 13.9 y 17.6 por ciento y el analfabetismo entre 3 y 4.9 por ciento. Las diferencias entre los promedios de las entidades con una mayor marginación y las menos marginadas son de una gran magnitud: 5.4 veces el PIB por habitante (D.F./Chiapas), 17.6 veces en el caso de los porcentajes del déficit de agua potable (Veracruz/D.F.), 13 veces en el porcentaje de analfabetismo (Chiapas/D.F.), 6.4 veces en el de la PEA con menos de un salario mínimo (Oaxaca/Baja California). Las desigualdades son extremas: "...las áreas urbanas de Chiapas son más pobres que las áreas rurales de Sinaloa, Colima y Baja California", se señala en un acucioso estudio estadístico.<sup>10</sup>

Hay desigualdades que no es posible ignorar. La polarización económico-social a la que hemos llegado en México con la "modernización" neoliberal del capitalismo, ofrece lacerantes, intolerables contrastes como el habido, de un lado, no digamos entre las familias de parias indígenas, peones y jornaleros rurales temporales y trabajadores urbanos informales con un ingreso diario de menos de

<sup>9</sup>Cfr. José Luis Calva, México más allá del neoliberalismo. Opciones dentro del cambio social, Plaza y Janés Editores, México, 2000, cuadro 29, "Indicadores socioeconómicos de marginación, por entidad federativa, 1995", p. 150.

<sup>10</sup>Julio Boltvinik, "La pobreza en Chiapas", Economía Moral, La Jornada, 9 de marzo de 2001.

uno a dos dólares e incluso los empleados y obreros con un ingreso mejor que constituyen las clases y capas subalternas, mayormente de asalariados y semiasalariados más o menos explotados, y, del otro, la minoría de nacionales así como de extranjeros radicados en el país concentradores de la riqueza, del ingreso y del poder de emplear, ordenar y corromper, incluidos narcotraficantes y capostotes del crimen organizado que imponen el rumbo fundamental de la nación. Hay los extremos entre el vivir de la oligarquía y las capas de “triunfadores” de la globalización y el de las mujeres campesinas, sobre todo las indígenas, los niños expuestos a una muerte temprana, a crecer desnutridos, sin escuela y pronto lanzados al trabajo en un México que “prohíbe” el infantil, o la mayoría de los viejos de ambos sexos de las ciudades que tras de una vida en un modesto trabajo no cuentan con más ingreso, si acaso tienen derecho a ella, que el de una jubilación o una pensión que –más que los salarios– va a la zaga de los precios.

De acuerdo con la Encuesta de ingreso-gasto 1998 del INEGI, 4.2 millones de hogares con percepciones hasta de dos salarios mínimos de ese año alcanzaban un promedio mensual de 1,073 pesos, contra el promedio de 20,159 pesos de 2.2 millones de hogares, datos que desde luego ocultan contrastes mucho mayores, además de que los números globales muestran un ingreso por familia 2.5 veces mayor en el medio urbano que en el rural y que mientras en el decil más pobre (el i) el 75.1 por ciento de los hogares dependen de un solo ingreso, en los deciles más altos (vii a x) el 60 por ciento y algo más se sostienen con el trabajo de dos, tres o más miembros de la familia.<sup>11</sup> Otro dato: por ejemplo en 1977, antes del neoliberalismo y en pleno auge petrolero, una información publicada por el INEGI muestra que el 10.2 por ciento de los hogares, 1'130,000, tenía un ingreso promedio de 2,580 viejos pesos mensuales y el 2.6 por ciento –290,000 hogares– un promedio de 167,945 pesos: 65.1 veces más que aquéllos, que son cuatro veces más numerosos.<sup>12</sup>

Cabe preguntarse cómo será hoy, a comienzos de 2001, el reparto entre estos mismos dos sectores tras los gobiernos de De la Madrid, Salinas y el de Zedillo, que marca el fin del reinado del PRI, llevaron a sus últimas consecuencias el fortalecimiento de los capitalistas nacionales y extranjeros durante la gestión de los “gobiernos emanados de la revolución” desde los años cuarenta, al favorecer la concentración a costa de la mayoría y del progresivo debilitamiento de la soberanía nacional. Concretamente: ¿cuál será la diferencia entre el

<sup>11</sup> INEGI, op. cit. (véase referencia de esta Encuesta 1998, en la fuente del cuadro sobre distribución del ingreso), cuadros números 3.1, 3.10 y 3.27.

<sup>12</sup> INEGI, Encuesta de Ingreso-Gasto de los Hogares, 1977 (primera observación), tomado de Estadísticas Históricas de México, op. cit., t. i, cuadro 5.16.4, p. 284.

ingreso de los mexicanos más ricos y poderosos del pequeño grupo con fortunas de 1,000 millones de dólares (mmd) y más, que empezó a figurar por primera vez en 1993, en pleno “salinato”, en el cambiante “cuadro de honor” anual de la conocida revista estadounidense *Forbes*<sup>13</sup> y los grupos anteriores, no sólo con el del 10.2 por ciento con el promedio más bajo sino incluso con el del 2.6 por ciento más alto?

Tiene que ser enorme el contraste de ingreso y gasto personal y familiar de casi todos los mexicanos, incluso ricos, con los 11 jefes de clanes que en 1999 (13 en 2000) a quienes las investigaciones de la revista atribuían en 1999 fortunas entre los 1,000 mmd estimados a María Asunción Aramburuzabala, de la Cervecería Modelo y Carlos Slim Helú y familia, de Carso, Telmex y demás con 8,000 mmd (7,900 en 2000), pasando, entre otros, por el regiomontano Ricardo Salinas Pliego, de TV Azteca con 1,400 millones de dólares calculados en 1999 y 2000, los también regiomontanos Lorenzo Zambrano, de Cemex con 2,100 millones y Alfonso Romo, de Pulsar y otros negocios con 1,200 millones (incorporados por el gobierno de Fox al consejo de administración de Pemex junto con Slim) así como Eugenio Garza Lagüera, Emilio Azcárraga Jean, de Televisa y otros.

Según esta fuente sólo Estados Unidos, Alemania y Japón –muy por arriba– y Francia y Suiza –con una cantidad próxima a la mexicana– tenían en 1999 un número mayor de superricos que México y por cierto, la fortuna de Carlos Slim únicamente era superada en el mundo por otros 24 supermillonarios (13 estadounidenses, cuatro alemanes, tres de Hong Kong, dos de Francia, uno de Suecia y uno de Suiza; ningún japonés o coreano, ningún inglés o español, ningún brasileño o argentino, ningún hindú o árabe) y si Slim era casi un desconocido antes del salinato, en 1994 figuró como el décimo hombre más rico del mundo, cuando se le imputaba una fortuna de 6,600 mmd, en 1999, ahora con una fortuna mayor bajó a la 25a. posición y en 2000 a la 33a. es por el rapidísimo enriquecimiento de las oligarquías metropolitanas transnacionales en el proceso globalizador.<sup>14</sup>

Hasta hoy el récord mexicano con el galardón de “superricos-Forbes” fue precisamente 1994, con 24 (a los que poco después de la publicación del cómpu-

<sup>13</sup> Una causa dinámica principal del valor fluctuante de los imperios personales o familiares de los personajes incluidos son las fluctuaciones en la bolsa de valores de las acciones de los consorcios de los que son los socios mayores. Un caso sobresaliente es el de la caída de la fortuna atribuida a William Gates, fundador y propietario principal del imperio electrónico Microsoft, considerado desde 1997, cuando por primera vez apareció en el cuadro de “Los 10”, como el hombre más rico del mundo, a quien por el desplome de sus acciones en el 2000 perdió 30,000 millones de dólares y “sólo” le quedaron 60,000 mmd.

<sup>14</sup> Cfr. “The billionaires”. *Global Forbes*, vol. 2, núm. 13, 5 de julio de 1999, pp. 98-99, 78-94 y otras. Los datos mencionados de 2000 son de internet: *Forbes.com: Forbes World's Richest People*. La riqueza total de los 200 superricos del planeta pasó de 523,000 mmd en 1993 a 798,000 mmd en 1997 y 1 millón de dólares en 1999.

to anual se añadió a Carlos Hank), número que disminuyó abruptamente, a 10, con la bárbara devaluación salino-zedillista de 1995. Pero, cabe preguntarse, ¿qué fue de los Servitje, Roberto Hernández, Lozada, Harp Helú, Garza Sada, Hank y los demás incluidos en el “cuadro de honor” del año anterior pero no en los últimos?; ¿cuántos siguen cerca de los 1,000 mmd o incluso los han superado mas no han sido captados de nuevo y, además, cuántos llegan o se aproximan ya a la cifra soñada?; ¿cuántos son “pobres millonarios” de “apenas” 700, 500, 100 o aun 50 “modestos” millones de dólares?;<sup>15</sup> ¿qué rango corresponde a miles de banqueros y financieros, grandes comerciantes, industriales, altos funcionarios federales, gobernadores y políticos, capos y traficantes de ayer y hoy y sus familias?; ¿cuál a los ex presidentes Echeverría, López Portillo, De la Madrid, Salinas (incluido su hermano Raúl) y Zedillo y a los familiares de éstos o de los ya fallecidos Alemán y Díaz Ordaz? Lo que puede afirmarse sin temor a equivocación es que si en los últimos lustros el México “emergente” globalizado ha llegado a ser el 8o. exportador, como ahora insiste el gobierno de Fox, también es un gran productor mundial, el 6o., de superricos y de millones de superpobres.

### Desigualdad y polarización

El contraste social determinado por el capitalismo salvaje impuesto a México y el Tercer Mundo y por las políticas neoliberales ejercidas por gobiernos “más papistas que el Papa”, al reproducirse durante muchos años y ahondarse tiene consecuencias económicas políticas y sobre los procesos demográficos, los niveles cuantitativos y cualitativos de vivienda, alimentación, salud, educación y los servicios públicos necesarios a las mayorías depauperadas e impulsa fenómenos de descomposición social y cambios culturales. En estas circunstancias la responsabilidad social del Estado se vuelve progresivamente mayor y, sin embargo, se cumple aún menos que en el pasado, al aumentar con desmesura el

<sup>15</sup>Según la laboriosa investigación de un economista sobre los 50 más ricos de México, sin incluir propiedades no empresariales ni algunos personajes que no hacen pública información sobre sus negocios, en diciembre de 2000 había más de 40 no señalados por Forbes. Los 50 listados controlan activos de empresas que en esa fecha sumaban 198,618 millones de dólares (mmd), es decir, 1'878,000 millones de pesos (mmp) o alrededor de un tercio del PIB mexicano; dichos activos ascienden a un “promedio por millonario” de 3,972 mmd (37,560 mmp). Los 10 más ricos incluyen, además de Slim, Zambrano, Romo y otros mencionados por aquella revista, precisamente a Roberto Hernández, Harp Helú, Garza Sada, Larrea y otros de la lista de 1994, con activos empresariales entre 4,778 millones de dólares (mmd) y 35,537 mmd, con un total de 144,845 mmd; los siguientes 10, entre ellos Sada González, Senderos, Clariond, Bailleres, Servitje o Quintana, con activos de 2,141 a 4,765 mmd, ascienden a un total de 30,744 mmd; los otros 30, entre ellos Lozada, Peñaloza, González Sada, Bours, López del Bosque, Hank, Vázquez Raña, totalizan 26,608 mmd. Cfr. Francisco Vidal, “Los reyes de la baraja económica”, Milenio Semanal, núm. 187, 16 de abril de 2001, pp. 46-49.

gasto público en rescates a la banca y a la clase dominante nacional, pago de intereses por la deuda a esta clase y al capital internacional.<sup>16</sup>

La estructura social de México se ha modificado profundamente en los últimos 30 años en un contexto de continuas crisis y reestructuraciones, creciente desigualdad social, económico-sectorial y regional, merced a los cambios en la composición y vinculaciones de la propiedad y del capital, en la población y específicamente la PEA y el empleo, en la infraestructura y los sectores de la actividad económica, en el Estado y el sistema político, en las regiones rurales y las ciudades, en los niveles de escolaridad, de salud y de vida, en la inserción internacional y las relaciones con el mundo. Se ha recompuesto la estructura de clases, permeada por la aguda polarización social que en México es mayor que en otros países, como de manera general puede apreciarse en los siguientes datos sobre participación en el ingreso entre sueldos y salarios (que incluyen los de funcionarios y no pocos propietarios) y los “superávit de operación” (que incluyen la ganancia de trabajadores “por su cuenta”, empresas y pequeños productores):

CUADRO 2  
DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO<sup>17</sup>  
(Porcentaje)

Países	Trabajo			Capital		
	1970	1994	1998	1970	1994	1998
EE.UU.	62.4	59.2	60.0	17.8	40.8	33.2
Francia	48.9	56.1	51.5	27.6	35.4	33.9
Inglaterra	60.1	59.7	54.7	17.5	30.3	31.7
	1970	1990	1998	1970	1990	1998
Brasil	37.5	33.0	36.5	42.8	51.0	49.5
Chile	42.7	38.2	38.0	33.0	42.2	39.1
México	35.7	35.3	30.7	51.9	47.5	50.5

Fuente: Seminario de Economía Mexicana, IIEC, UNAM, con cifras de cuentas nacionales publicadas por organismos internacionales. Véase nota 17.

<sup>16</sup> Aunque el gasto social en México aumentó de 156 a 247 dólares de 1990-1991 a 1994-1995, del 8.4 al 13.1 por ciento del PIB, quedó muy atrás de Argentina que en esos años pasó de 549 a 704 dólares (de 17.1 a 18.3 por ciento del PIB), de Uruguay, de 463 a 625 dólares (18.9 a 23.6 por ciento del PIB) y de Chile, Costa Rica y Panamá. Cf. CEPAL, La brecha de la equidad. El Caribe y la Cumbre Social, Santiago de Chile, 1997, cuadro en p. 45.

<sup>17</sup> Cuentas nacionales publicadas por la ONU, el FMI y la CEPAL, tomadas de Ignacio e Isidro Hernández G., Estadísticas básicas sobre la situación comparativa de México, 1970-1994, XIII Seminario de Economía

Estos datos constituyen un marco general de la distribución entre los empleadores y los trabajadores empleados, con las salvedad ya indicada de que las cifras de las columnas de “trabajo” incluyen una parte –seguramente no la mayor–, de sueldos y prestaciones no especificada que debieran considerarse, más allá del precio en el mercado de un trabajo gerencial, como integrante de la ganancia capitalista; y las de “capital”, una porción menor que corresponde a “superávit de operación” de no capitalistas (campesinos, artesanos, pequeños comerciantes y otros). Pero lo que queremos subrayar es que la disminución del peso salarial en el PIB, pese al enorme crecimiento de la PEA en este largo periodo, en México es desfavorable a los trabajadores en beneficio del capital en una mayor medida que en los países desarrollados y otros latinoamericanos.

Con base en la información sobre la decreciente participación de los sueldos y salarios se puede calcular, como el investigador universitario José Luis Calva, que la globalización ha costado a los asalariados mexicanos la enorme suma de 298,448 millones de dólares en 1983-1999,<sup>18</sup> cifra que no obstante su dimensión es incompleta. Para formarse una idea más cabal del excedente arrebatado a los trabajadores y del potencial de desarrollo económico-social perdido por la nación, aún habría que añadir los incrementos negados a los salarios reales por aumento de la productividad, así como su participación negada al no crearse los nuevos empleos regulares y estables demandados por el incremento de la fuerza de trabajo, al menos al ritmo histórico del crecimiento económico previo.

México no ha dejado de ser un país de trabajadores de ciudades y campo en su gran mayoría pobres, bien asalariados en empresas u oficinas o bien “independientes”, en el que los millones menos calificados y productivos, empleados en micro y pequeñas empresas y productores y comerciantes por su cuenta reciben una menor remuneración y pocas o ninguna prestación. Visto el proceso en conjunto, en 1970-1981 los asalariados mejoraron, la inversión agrícola aumentó y la economía informal no había crecido tanto, pero de todas maneras a la mayoría se le expropiaba una parte sustancial del valor de su trabajo en favor de la minoría; pero nunca como en la presente etapa neoliberal, en la que la ma-

---

Mexicana, IIEC-UNAM, 27-30 de mayo de 1997, actualizadas por los autores con cifras de la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), publicadas en 2000 y National Accounts Main Aggregates, 1970-1998.

<sup>18</sup>José Luis Calva, México más allá del neoliberalismo..., op. cit., cuadro 20, p. 127. En 1982-1999 los salarios reales promedio anuales perdieron, calculados a precios de 1994, 41.5 por ciento en el caso de la industria manufacturera, 57.2 por ciento los de cotización al IMSS, 61.7 por ciento en el sector formal de la industria de la construcción, 63.9 por ciento los contractuales y 70.2 por ciento los mínimos. Cfr. cuadro 21, “Salarios reales en pesos de 1994: 1982-1999”, p. 129.

por proporción del acrecido número de pobres y miserables son parte de estos sectores de la PEA nacional.

Los siguientes cálculos son elocuentes al respecto. Según una encuesta del INEGI de 1977, el 42.2 por ciento de los 11.1 millones de hogares de entonces contaban con un ingreso mensual que en promedio no llegaba a 107.50 dólares al mes por miembro de la familia, o sea, algo menos de 3.60 dólares al día.<sup>19</sup> En 1998, conforme a datos de la encuesta correspondiente, el 44.8 por ciento de los 22.2 millones de hogares, unos 45 millones de personas, más o menos el doble que una igual proporción 21 años antes, tenía ingresos hasta de cuatro salarios mínimos legales de 30.20 pesos diarios (salarios de la zona más alta, incluido el Distrito Federal, empequeñecidos, sin embargo, a una tercera parte de su valor real en 1977), equivalentes a 2.94 dólares diarios a precios corrientes por persona y los hogares que lograban hasta cinco salarios mínimos alcanzaban 3.68 dólares diarios por persona. Desde 1977 el dólar ha perdido el 62.8 por ciento de su poder de compra;<sup>20</sup> es decir: ¡2.94 y 3.68 dólares de 1998 equivalen respectivamente a 1.09 y 1.37 dólares de 1977!

Son deplorables las condiciones de los mexicanos asalariados y no asalariados. Las familias que en 2001 obtienen un ingreso equivalente a cinco salarios mínimos, o sea unos 627 dólares al mes, situación sólo de una minoría de la PEA, alcanzan un ingreso de 22.6 por ciento inferior al que hace más de un lustro, en 1995, estipulaba el seguro de desempleo en Estados Unidos (donde por cierto los pagos por este concepto son menores que en varias naciones europeas), entonces en promedio nacional 187 dólares semanarios hasta por un semestre, es decir, unos 810 dólares mensuales. Considérese que en esa superpotencia la línea de la pobreza en 1996 era de un ingreso de 16,036 dólares anuales para una familia de cuatro miembros y 7,995 dólares para una persona sola).<sup>21</sup>

Desde luego, sin olvidar las diferencias en el poder de compra real y en la definición de pobreza en estos dos países, no podemos dejar de considerar que en dicho año 16,000 dólares equivalían a un ingreso familiar en México de más de 10 salarios mínimos del Distrito Federal, percibidos aquí en el 2001 sólo por hogares en el decil más alto de todos, aunque quizá pudiera consolarnos que en el “cuarto mundo” de la globalización hay situaciones de hambrunas y de-

<sup>19</sup> “Estructura del Ingreso Promedio Familiar por Origen y Estratos de Ingreso 1977”, cuadro 5.16.4, INEGI, Estadísticas Históricas ..., op. cit., p. 284.

<sup>20</sup> El valor del dólar fue deflactado con el índice de precios al consumidor de los Estados Unidos, el cual aumentó 2.7 veces desde 1977 hasta 1998 (incremento de 169 por ciento) y 4.4 veces desde 1970 hasta el año 2000 (337.7 por ciento).

<sup>21</sup> Los datos para 1995 y 1996 son del Department of Commerce, Statistical Abstract of the United States 1997, Washington. Aun donde el seguro es más bajo, en el estado de Alabama, 139 dólares/semana, equivale en un semestre a 4,600 dólares; en Hawai, con 267 dólares/semana es de casi 7,000 dólares semestrales.

samparo desconocidas en México. Las realidades del capitalismo del subdesarrollo mexicano, que con la “transnacionalización globalizadora” profundiza y extiende su inherente dependencia estructural, se expresa en creciente exclusión de la mayoría y polarización por la concentración de riqueza y capital en una muy pequeña cúspide. ¿Puede sorprender que pese a vejámenes y aun a riesgo de su vida, millones de mexicanos, más que antes, en esta etapa busquen trabajo en los Estados Unidos?

Veamos más de cerca algunos datos sobre la situación de la PEA. Primero en las actividades agropecuarias, en las que las correspondiente encuestas del INEGI en 1999 estiman 8.2 millones de integrantes, alrededor de 370,000 son empleadores, 2.6 millones de asalariados y más de 3 millones trabajadores por su cuenta –en su gran mayoría campesinos–; cerca de 2 millones son analfabetas y más de 3 millones no concluyeron la primaria, el 81 por ciento no llegan a tres salarios mínimos (42.3 por ciento reciben de menos de uno hasta tres y más del 39 por ciento no perciben ningún ingreso), y carecen de prestaciones de cualquier tipo el 93.8 por ciento. De los 7.7 millones ocupados en la industria de transformación, en la que abundan los talleres micro y pequeñas empresas, hay unos 230,000 empleadores, cerca de 5 millones de trabajadores asalariados incluidos los que laboran a destajo, y trabajan por su cuenta más de 1 millón; son analfabetas el 5 por ciento y no concluyó la primaria el 15.1 por ciento, perciben hasta tres salarios mínimos 76.3 por ciento, carecen de prestaciones el 46.3 por ciento y cuentan con seguridad social 48.5 por ciento.<sup>22</sup>

No es mejor la situación para la mayoría del total ocupado en las actividades terciarias de casi 21 millones (32.2 por ciento en el comercio, 15.1 por ciento en servicios al productor, 43.9 por ciento en servicios al consumidor y 8.8 por ciento en servicios públicos), asiento de gran parte de la economía informal. Cerca de 1 millón son empleadores, más de 5 millones trabajan por su cuenta, unos 12 millones son asalariados y 1.5 millones más son destajistas de los sectores privado y público; algo más de 1.7 millones no tienen remuneraciones; 5.1 por ciento del total no tienen instrucción escolar y 12.5 por ciento no concluyeron la primaria; 58.8 por ciento carecen de prestaciones, sólo 34.1 por ciento alcanza seguridad social y en conjunto obtiene hasta tres salarios mínimos el 72.4 por ciento.<sup>23</sup>

<sup>22</sup> Elaboración propia con cifras del INEGI, Encuesta Nacional de Empleo, 1997, tomadas de María Luisa González Marín, *Efectos del neoliberalismo en la industria y en las organizaciones sociales México 1982-1994*, tesis de doctorado en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México, 2000. Cuadros 11 y 14, pp. 133 y 139, respectivamente sobre población ocupada en las actividades agropecuarias y en la industria.

<sup>23</sup> *Ibidem*, cuadro 13, p. 137.

Oficialmente se insiste en que menos de la mitad de la población nacional vive en la pobreza y una cuarta parte en la indigencia, en la “pobreza extrema” como se llama púdicamente a la miseria, lo cual significa números que superan con enorme amplitud los de 30 años antes, cuando, por ejemplo, el 50 por ciento de los mexicanos con los ingresos más bajos, o sea, los cinco primeros deciles según la jerga estadística, en 1970 sumaban alrededor de 24 millones y en conjunto recibían el 17 por ciento del ingreso nacional, cifra que en igual porcentaje hoy se incrementó en 25 millones de niños, adultos y ancianos pertenecientes a hogares que al finalizar el siglo xx captan el 24.4 por ciento de un ingreso total mayor, pero prácticamente estancado per cápita desde 1981 y en más de 50 por ciento concentrado en el 20 por ciento de los hogares.

La enorme deuda social acumulada contradice y es indigna del potencial creado con el esfuerzo de los mexicanos, tanto más que la definición de la pobreza y la indigencia es ahora más realista y por ello mismo más exigente, al no limitarse al simple ingreso monetario o a la alimentación e incluir elementos que denotan una mejor o peor calidad de vida, como vimos que procede el PNUD. No debe sorprendernos que la desnutrición cobre tan alto precio a la mitad o más de la niñez, el problema de la vivienda siga siendo agudo, altos los niveles de mortalidad infantil y los de deserción escolar en todos los niveles, que aumenten la corrupción oficial y privada, la delincuencia, la prostitución, el consumo de enervantes y la conflictividad social, así como que sea incesante y creciente la migración a los Estados Unidos, legal e ilegal más desprotegida casi siempre, bien desde comunidades indígenas y el agro en general, o bien desde las ciudades.

Aun si el número de pobres hubiera disminuido un tanto con el crecimiento económico alcanzado en 1997-2000, como lo reiteró el gobierno de Zedillo y lo asume el de Fox, es claro el incremento brutal de la pobreza y la miseria en las últimas casi dos décadas. Lejos de considerar una línea de pobreza para México como la del Primer Mundo, al que una vez se nos dijo que nos conduciría el TLCAN, que clasificaría y no sin fundamento como pobres al 90 por ciento o más de los mexicanos, asisten poderosas razones a especialistas con autoridad como Julio Boltvinik quien demuestra que en el año 2000 más del 70 por ciento son pobres, es decir, más de 70 y no 40 o 45 millones, entre ellos en un número creciente aquéllos en condiciones de pobreza extrema,<sup>24</sup> en una abrumadora mayoría trabajadores asalariados y semiasalariados explotados en la economía formal e informal.

<sup>24</sup> Entre sus numerosos artículos acudimos a su intervención en el seminario “La política económica de la transición”, organizado por el Colegio Nacional de Economistas, véase “Viven en México 75 millones de pobres, asegura Boltvinik”, La Jornada, 18 de agosto de 2000, p. 22.

## Recomposición de la estructura de clases

Las cifras, insistimos, están lejos de expresar los complejíssimos fenómenos detrás de ellas. La dinámica del capitalismo, la explotación de vastos sectores sociales, las crecientes desigualdades y los fenómenos de recomposición de clases y grupos son concomitantes de los procesos de concentración de riqueza y capitales por una minoría y la desposesión de muchos, en el Estado-nación y en la escala internacional. Como se vio en apartados anteriores, las crisis y las contradicciones de la intensificada competencia inducen a las fuerzas hegemónicas nacionales y transnacionales concentradoras del poder, a presionar sobre los asalariados y otros sectores subalternos de la población de los países débiles y de las propias metrópolis, para reducir costos vía rebaja de salarios reales y aumentos de la productividad en los procesos de producción y circulación y a la vez incrementar, tanto como se pueda, el consumo, echando mano de las nuevas tecnologías y formas organizativas, asociaciones estratégicas y coinversiones, sin desperdiciar ninguna posibilidad legal y aun ilegal de incrementar sus ganancias.<sup>25</sup> En este proceso las estructuras sociales decantadas en décadas se han modificado en todas partes, aunque con distinta magnitud y alcance en el tiempo y en los espacios nacionales. El cambio social en México es grande y complejo.

Hace 30 años y en particular en los primeros años setenta, la formación del espectro de clases sociales en México parecía corresponder a bien establecidos patrones del desarrollo del capitalismo universal, monopolista ya desde hacía casi un siglo, en nuestro caso naturalmente en el marco histórico del subdesarrollo. Era todavía rápido y sostenido el crecimiento industrial y de las actividades terciarias, el empleo y aun un lento pero efectivo mejoramiento de los salarios reales promedio a pesar de la activación del proceso inflacionario y del devaluatorio activado desde 1976, y ascendente el demográfico y el de urbanización.

En aquellos años se profundizaba la crisis agrícola iniciada una década antes y se aceleraba el proceso de descomposición del campesinado, sometido desde los años cuarenta a la contrarrevolución agraria, pero era constante el crecimiento de la clase obrera industrial y el de los trabajadores asalariados y de las capas medias en todas las actividades, al mismo tiempo que se reestructuraba una clase capitalista –la clase dominante-dominada que fue desde sus inicios en el siglo XIX–, en cuyo seno se fortalecía una pequeña e influyente fracción oligárquica hegemónica, en la experiencia mexicana cada vez más estructuralmen-

<sup>25</sup>No faltan en México poderosas fracciones del capital que explotan los jugosos filones de la especulación financiera, el “lavado de dinero” y las ganancias extraordinarias de la corrupción, a veces verdaderas mafias, aunque sin duda menores frente a las metropolitanas estadounidenses y dependientes de ellas. Pero lo fundamental y lo permanente aun en esta época tan redituable para las ganancias parasitarias, sigue siendo la mayor explotación del trabajo asalariado en la economía formal.

te dependiente del capital extranjero, a medida que se intensificaba la concentración y centralización del capital –privado y público, éste orientado al apoyo de aquél y del sistema– inherente al capitalismo, que crecientemente aseguraba la propiedad y el control oligopolista nacional y extranjero de fundamentales resortes económicos y financieros de la sociedad e incrementaba su poder ideológico y político.<sup>26</sup>

Aquellas fueron tendencias básicas de un proceso que con pocas caídas duró cuatro décadas, en el que todas las fracciones de la burguesía, pequeña, mediana y grande en las diversas actividades se fortalecieron, amparadas por los gobiernos priístas. Las “rebeliones” de influyentes fracciones capitalistas contra los gobiernos de Echeverría y López Portillo, los dos últimos de los tildados por empresarios y tecnócratas de “populistas” –en verdad eran liberales, desarrollistas y estatistas– que tanto los habían beneficiado, en el contexto de las devaluaciones y las primeras “crisis recurrentes”, fueron hechos que anunciaron la maduración y el creciente poder de la burguesía, un poder más y más entrelazado con el capital transnacional, en primer lugar el estadounidense y dependiente de éste, que ha sido un actor central en el impulso al neoliberalismo desde 1982, el afianzamiento del salinato en 1988-1989, la firma del Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos y Canadá en 1993 y el respaldo a Zedillo; también en la derrota electoral del PRI en julio de 2000 y la instalación meses después del primer gobierno empresarial.

Al iniciarse el nuevo siglo, cuando en la etapa neoliberal muchos capitales pequeños y medianos quebraron, algunos grandes sufrieron quebrantos con deudas extranjeras y los cambios hacia un mercado abierto y se concentró aún más la riqueza, un primer y más sobresaliente cambio es la recomposición de una oligarquía monopolista cada vez más comprometida con el capital extranjero, cuyo núcleo duro son unas cuantas decenas de familias, en las que han desaparecido algunos nombres de los años sesenta y setenta, aún figuran otros antiguos y/o sus descendientes y se han sumado algunos nuevos y poderosos integrantes (muchos de aquéllos y éstos consignados por Forbes y Milenio). Esta fracción social no es la única, pero sí la más favorecida por las privatizaciones así como por algunas estatizaciones (tipo Fobaproa-IPAB), el control sindical, la baja del salario real, otros “rescates” y acciones estatales y en general por la política económica.

<sup>26</sup>Sobre la formación de la estructura clasista en esos años, véase, entre otros trabajos, F. Carmona, “Monopolización y estructura de clases”, “México: capitalismo monopolista de Estado y estructura del proletariado”, “Nota sobre la burguesía mexicana” y “Propósito y despropósito de la «clase media» mexicana”, *Estrategia. Revista de Análisis Político*, núms. 4-7, 1975-1976. Sobre la fracción hegemónica, cfr. Alonso Aguilar M. y Jorge Carrión, *La burguesía, la oligarquía y el Estado, Nuestro Tiempo*, México, 1972.

Constituye la fracción “globalifilica” hegemónica sobre toda la burguesía y la sociedad nacional, cada vez más integrada y dependiente del capital transnacional y ella misma más transnacionalizada, dueña o codueña con empresarios internacionales de instituciones financieras, corporaciones y empresas industriales, comerciales y de comunicación, que junto con inversionistas extranjeros y altos funcionarios del capital extranjero que actúan aquí, incluso mexicanos, integran el centro de gravitación de una recompuesta clase dominante cuyo poder aumentó enormemente.

Desde luego no faltan contradicciones secundarias entre los miembros de este centro, entre los nacionales y los extranjeros, ni de éstos con uno u otro sector de capitalistas pequeños y medianos, sin embargo, cada vez más subordinados a los monopolistas. Pero todas las fracciones de la burguesía, incluyendo a las más numerosas no monopolistas, es decir, todas las empleadoras de la fuerza de trabajo asalariada en diversas escalas y actividades, tanto las sobrevivientes al cambio neoliberal como las nuevas, que entre ambas cuentan por cientos de miles, bien agrupadas en el CCE o la ABM, bien en la Concanaco, la ANIERM o la Coparmex, bien en la Concamin, la Canacintra o la ANIT e incluso sin organización empresarial, reciben el formidable apoyo sistémico que significa la reducción de los salarios reales y los aumentos de la productividad de los trabajadores cuya explotación se incrementó en la etapa neoliberal. Por esto, aunque algunos sectores de la burguesía empresarial y no empresarial han sido eliminados del mercado (siempre fue así en las crisis del capitalismo) por la crisis, la apertura comercial y otros ajustes neoliberales, como clase, en general con más experiencia, relaciones y capacidad económica para resistir, reacomodarse y competir, se benefician del debilitamiento de los trabajadores y distan de desaparecer.

Según las encuestas sobre el empleo del INEGI, en 1999 había 1.6 millones de empleadores, fundamentalmente en las ciudades, que ocupaban a 23.8 millones de trabajadores, pero un 64.4 por ciento empleaban de uno a 15 (56 por ciento de ellos en verdad no empresas sino “changarros” con un máximo de cinco) y sólo el 28.7 por ciento a 51 o más trabajadores, que en más de un 70 por ciento reciben hasta tres salarios mínimos. Veinte años antes, en 1979, según la estadística los empleadores eran 656,000 y el incremento de 141 por ciento desde entonces, muy superior al del PIB y otros indicadores, denota la expansión de la economía de sobrevivencia, “informal”, en ocasiones precapitalista pero progresivamente más y más subordinada al capitalismo, reflejada también en el aumento al doble de los trabajadores por su cuenta y en 2.7 veces el de aquéllos sin remuneración.<sup>27</sup> Es un sector que incluye a una burguesía pequeña, mas tam-

<sup>27</sup> Cfr. Indicadores Sociodemográficos de México (1930-2000), pp. 201, 204 y 207. Cfr. también F. Carmona, “Nota sobre la burguesía mexicana”, Estrategia, núm. 6, noviembre-diciembre de 1975, p. 69.

bién capitalistas con frecuencia no tan pequeños, pero no a especuladores, negociantes, rentistas, políticos profesionales y capos y “tropa” del crimen organizado, que censos y encuestas no captan como empleadores y cuyo desconocido número hoy debe ser mayor.

En esa burguesía pequeña y muy pequeña –una especie de ejército de reserva de la clase dominante– campean cientos de miles de microempresarios, propietarios y empleadores que venden en escala muy reducida bienes y servicios, unos, la mayoría, obligados a sobrevivir lanzados al fondo de la pirámide social y otros, a menudo organizados de manera familiar. Muchos son subcontratados por empresas monopolistas o bien logran negocios artesanales, comerciales y de servicios más o menos exitosos ofrecidos directamente a los consumidores, en gran parte con un local propio (69.1 por ciento en 1997), bien en la economía formal (37.1 por ciento registrados en Hacienda) o en la informal. Una encuesta sobre micronegocios señala que en 1996 el 93.9 por ciento empleaba hasta tres trabajadores y el 6.1 por ciento a cuatro o más.<sup>28</sup>

Por otra parte, están las crecientes capas medias en una amplia gama principalmente urbana de profesionales de muy diversas especialidades, técnicos, académicos, educadores, gerentes y funcionarios de medio pelo, operadores, supervisores, agentes de ventas, empleados de base o de confianza, jefes de departamentos y oficinas en bancos y empresas privadas e instituciones públicas e incluso ciertos sectores de empleados con una mayor calificación, en su mayoría sujetos a un sueldo en la economía formal. En general, tienen un nivel más alto de escolaridad, ingreso y prestaciones que la mayoría de obreros calificados y aun que muchos miembros de la burguesía pequeña antes descrita. Estas capas son lo principal de la “clase media” –baja, media y alta, se suele cosificar– cuya muerte se ha proclamado una y otra vez en el curso de la crisis, pero cuyas condiciones se modificaron sustancialmente y con la tecnificación y creciente terciarización de la economía crece continuamente.

Hay importantes y crecientes sectores sociales intermedios, mejor ubicados en la economía globalizada en el mercado de bienes y servicios, al que el 20 por ciento favorecido con el mayor ingreso al que ellos mismos pertenecen concurre con más del 50 por ciento de la demanda. Los cambios en la vida familiar les ayudan a mejorar su posición relativa aun en la crisis (por la reducción del número de miembros, cantidad creciente de parejas en que ambos trabajan, aumento del promedio de “perceptores” –les llama el INEGI– de ingreso en las familias, mayor edad para contraer matrimonio de mujeres ahora más independientes y hombres que antes esperan a lograr una situación estable). Como sea, las eviden-

<sup>28</sup>María Luisa González Marín, *op. cit.*, pp. 155-157 y cuadros 33 y 35, p. 181.

cias de la “cabal salud” de que en general disfruta esta clase que supuestamente “liquidó la crisis”, las ofrecen millones de “clases medias” que al lado de una parte importante de la burguesía pequeña y la propia burguesía mediana y grande determinan el más grande número de automóviles de modelos recientes en circulación por avenidas, carreteras y autopistas, el incremento sin precedente del de cuentahabientes bancarios, el auge de guarderías y escuelas privadas, los restaurantes, discoteques, cines, teatros, centros comerciales, boutiques o aeropuertos abarrotados cotidianamente en todas las urbes en expansión y playas y sitios de recreo en vacaciones y “puentes”.

Quizá de 2 a 2.5 millones de familias de las capas medias mejor situadas, es decir, de 10.5 a 12 millones de personas, que junto a amplios sectores de la burguesía menos “micro” suman un total de 4.6 a 5 millones de familias y unos 22 millones o algo más de individuos, tienen un peso económico, social y político contrastante con el de los pobres y los superpobres, la gran mayoría del México globalizado. Hoy son característicos fenómenos como éstos: “Sólo entre enero y noviembre del año pasado, 9’895,000 turistas internacionales mexicanos ya habían gastado en conjunto 2,168 millones de dólares”; además del consumo de producción “nacional” ensamblada,

...el país gastó el año pasado alrededor de 17,000 millones de dólares ... en la importación de automóviles, desde compactos y sedanes populares y clases medias de firmas como la Peugeot y la Renault, ... hasta los deportivos y de superlujo, expresión también de la más avanzada tecnología, como los Jaguar, Audi, BMW, Mercedes Benz, Porsche y Ferrari.<sup>29</sup>

Los pobres actúan de otro modo: anualmente los migrantes en los Estados Unidos envían al país más de 6,000 millones de dólares anuales, rinden en las maquiladoras unos 14,000 millones de dólares más, no hacen turismo exterior ni causan cuantiosas importaciones.

Es dramática la recomposición social en el campo, donde, según el subsecretario de Agricultura del gobierno de Fox, el 81.5 por ciento de los habitantes vive en la pobreza y el 55.3 por ciento en la miseria, en un contexto en el que de una PEA de 10.7 millones sólo 3.1 millones son productores con tierra,

<sup>29</sup> “Las fortunas de 1,200 familias ofenden la creciente pobreza”, diario Excelsior, 11 de febrero de 2001, pp. 1A y 6A. Con datos de la Secretaría de Economía y de la Asociación Mexicana de la Industria Automotriz se agrega que un “... 2 por ciento del total de viajeros al exterior, se extiende a cuatro semanas” en vez de tres días en promedio, y su “erogación se multiplica por un factor de casi 23 veces respecto a la media general, al llegar a 5,000 dólares por persona”; respecto a la importación de automóviles aclara que: “Sólo de estas seis empresas (Jaguar, Audi y las demás señaladas) se colocaron unos 1,000 automóviles en el mercado nacional con precios no menores de 700,000 pesos y hasta superar los 3 millones por unidad.”

en su mayor parte un campesinado pobre; 6.6 millones son trabajadores sin tierra –de ellos 2.6 millones asalariados con un mínimo ingreso, como ya se vio– en tanto que el aporte del agro al PIB ha retrocedido hasta el 6 por ciento.<sup>30</sup> Un rasgo de la situación social que, gracias a sus propias luchas, con los indígenas rebeldes de Chiapas a la cabeza, en el marco de la conmemoración de los 500 años del “descubrimiento de América”, ha cobrado un inusitado reconocimiento, es el de que “los más pobres de los pobres” son casi todas las comunidades indígenas del país o están entre ellos; aun la gran mayoría de los que tanto en la zona metropolitana de la ciudad de México hacen la mayor concentración indígena del país (y de América Latina), como en otras ciudades, cuentan entre los más pobres y miserables urbanos, con ingresos familiares de dos salarios mínimos o menos.

Cabe remarcar otros aspectos del sector informal. Según una encuesta en 1999 había unos 10 millones de “trabajadores por su cuenta”, quienes en general deciden por sí mismos su tiempo y condiciones de trabajo, no obligan a los patrones ni reciben prestaciones y en su mayor parte alimentan este sector. Dichos trabajadores “independientes” incluyen una mayoría de vendedores ambulantes y trabajadores a domicilio, en particular mujeres e incluso ciertas capas del proletariado lumpen cuyo crecimiento es estimulado por el desempleo engendrado por la globalización neoliberal así como asalariados principalmente a destajo, como los anteriores mayormente pobres o miserables, aunque algunos logran promedios de ingreso superiores a los de muchos obreros y otros asalariados regulares. También incluyen una minoría de profesionistas, especialistas y artesanos con una alta calificación cuyo número también ha aumentado, pertenecen a las capas medias, tienen un mejor ingreso y –muchos– están en el sector formal.

Es profunda la reestructuración de la clase obrera industrial, que continúa como el plexo estructural de un proletariado cuya composición y características han cambiado considerablemente, al igual que la de los asalariados en otras actividades, tanto por el notable incremento y mayor participación femenina, los niveles más altos de escolaridad, la más grande diferenciación salarial en un contexto general de empobrecimiento, como la pérdida de derechos antes conquistados penosamente, las condiciones de mayor explotación, el debilitamiento sindical y la mayor desorganización política. En esta etapa, sobre todo en los sectores de empresas industriales mayores, más modernas y tecnificadas se modificaron los procesos de trabajo y, con ellos, la composición del “obrero colectivo” por el peso más grande ahora del trabajo muy calificado y más intelectual que

<sup>30</sup> Intervención de Antonio Ruiz García, subsecretario de Agricultura..., en el Foro Nacional “El desarrollo rural integral, una oportunidad para México”, Excelsior, 5 de marzo de 2001, p. 12-A.

manual, además limitado en estos tiempos por la realidad que el escritor portugués premiado con el Nobel, José Saramago, resumió hace unas semanas en una frase en el Zócalo capitalino: “el mayor miedo de esta época es a perder el empleo”.

Sin entrar en mayor detalle y sin considerar los transportes, limitándonos a la industria cabe ilustrar los enormes cambios habidos en estas tres décadas con unos cuantos datos generales. Uno es el peso de las maquiladoras como se vio en otra parte del presente libro, por el incremento de unas 130 plantas con unos 40,000 trabajadores a principios de los años setenta a unas 3,700 plantas con alrededor de 1.4 millones de trabajadores en el 2000 –más de 1.1 millones de obreros y el resto técnicos y empleados–, que ahora representan más de la cuarta parte del empleo fabril, cambiaron el derrotero de cientos de miles de mujeres y han perdido menos en su salario real que la mayoría de los otros trabajadores, aunque tanto o más que éstos carecen de poder sindical efectivo para convenir con los patrones contrataciones, despidos y procesos y condiciones laborales.<sup>31</sup>

Las implicaciones sociales de la evolución en conjunto de las condiciones de trabajo se infieren de los simples datos de que en 1970-1982 el índice de productividad por trabajador en la industria aumentó 42.1 por ciento y en 1983-1999, 44.8 por ciento, pero en este último periodo los salarios reales promedio descendieron: 70.2 por ciento en el caso de los mínimos, 63.9 por ciento los contractuales, 61.2 por ciento los de la construcción, 57.2 por ciento los promedios de cotización al IMSS y en una menor pero de todas formas enorme proporción, 41.5 por ciento, los salarios de los trabajadores de la industria manufacturera, que han sido y son los principales creadores de riqueza en el México contemporáneo.<sup>32</sup> En la escala mundial el retroceso es mayúsculo: todavía en 1970 los salarios por hora pagados en México eran mayores, por ejemplo, que los del sudeste asiático, pero en 1995 eran ya 62.7 por ciento menores que en Hong Kong, 74.1 por ciento que en Taiwán y en 79.6 por ciento que en Sudcorea (y 88.2 por ciento que en España, 91.2 por ciento que en los Estados Unidos o 93.7 por ciento que en Japón).<sup>33</sup>

La despiadada explotación y creciente depauperización afectan a los más grandes sectores de asalariados (en su mayoría trabajadores por jornada y en un número mucho menos destajistas), que pese al crecimiento incontenible de una economía informal básicamente de no asalariados aún representan la mayor parte

<sup>31</sup> Véase Josefina Morales, “Maquila 2000”, en el libro coordinado por ella, *El eslabón industrial. Cuatro imágenes de la maquila en México*, Nuestro Tiempo, 2000, cuadros 1 y otros, pp. 90 y ss., y en la misma obra de Cirila Quintero R., “Las relaciones laborales en la industria maquiladora”, pp. 103-152.

<sup>32</sup> José Luis Calva, *México más allá del neoliberalismo...*, op. cit., cuadros 39 y 21, pp. 208 y 129.

<sup>33</sup> Datos del artículo “TLC y maquilado”, *Expansión*, 8 de octubre de 1997, tomados de María Luisa González Marín, op. cit., véase cuadro 18, p. 175. Seguramente datos más recientes ratificarán esta tendencia.

de la PEA, según algunos alrededor del 65 por ciento o incluso del 70 por ciento, ahora más sometidos a las prácticas de la “calidad total”, el trabajo “flexible”, eventual, con menores prestaciones, bajo contratos colectivos despojados de antiguos derechos y fuera de la ley, llamados de “protección” (a los patrones), sin organización o sólo con sindicatos virtuales.<sup>34</sup>

En los últimos lustros también sobresale la ampliada legión de desocupados y subocupados, millones de ellos trabajadores eventuales o “semiasalariados” convertidos en un enorme ejército de reserva, más que antes incluso de exportación, crecientemente de jóvenes con una escolaridad superior al promedio nacional y de viejos menos viejos que en el pasado. En el marco creado en casi dos decenios neoliberales, se han reavivado formas capitalistas de explotación salvaje de viejos y mujeres indefensos e infantes de ambos sexos sin hogar, a quienes con frecuencia se prostituye e induce a cometer delitos.

#### Política social asistencialista y limitada

Desde que fueron consagrados en la Constitución de 1917, nunca se cumplieron a cabalidad los derechos sociales añadidos a los individuales proclamados hasta entonces por el liberalismo universal. Sin duda la Revolución mexicana, en especial desde los años treinta hasta los setenta del siglo xx, dio lugar a una política social con insuficientes más importantes logros en educación, salud, vivienda, instituciones asistenciales y servicios urbanos a pesar de que la población de este medio siglo se triplicó y la concentrada en ciudades aumentó aún más a prisa.

Nunca se logró evitar el creciente rezago social frente a los países capitalistas desarrollados y los entonces considerados socialistas, pero no deja de ser una hazaña reveladora de la potencialidad de un país como México por la remoción parcial de algunos obstáculos de un largo pasado, que el porfiriato había vuelto más profundos, así como de las posibilidades técnicas y organizativas abiertas por el sorprendente siglo xx, la reconstrucción de un país devastado por más de una década de lucha armada, castigado por la miseria de siglos de una mayoría y que en pocos lustros da acomodo en sus ciudades al éxodo de millones del agro, la construcción en 1930-1970 de más viviendas, escuelas, hospitales, clínicas, obras y servicios municipales, así como la multiplicación de matrículas escolares de todos los niveles, servicios de atención a madres, niños y adultos mediante programas de salud y seguridad social que en toda la historia anterior.

Por ejemplo, entre 1930 y 1970 el número total de viviendas aumentó de unos 3 a 8.3 millones, y el espacio y servicios en ellas se incrementaron (en 1950-

<sup>34</sup>Sobre el falso sindicalismo véase José Alfonso Bouzas, “Contratos colectivos de trabajo de protección”, Trabajo y Democracia, año 11, núm. 59, CENPROS, México, enero-febrero de 2001, pp. 10-22.

1970 las de dos y más cuartos aumentaron del 44.3 al 59.9 por ciento); el Instituto Mexicano del Seguro Social, constituido en 1943, en 1970 tenía ya 2.6 millones de asegurados y 10 millones de derechohabientes; además estuvieron vigentes mecanismos de control de precios, etcétera.<sup>35</sup> Pero fue un progreso lleno de taras, desigualdades, injusticias e incapacidad de atender lacerantes añejos problemas.

“Hay dos Méxicos, el rural y el que come bien”, escribió Salvador Zubirán en su carácter de fundador y director del Instituto de la Nutrición a finales de los años sesenta, “Hay zonas como la del sureste”, continúa, donde “...cada niño que nace tiene cinco veces menos probabilidades de sobrevivir que otro nacido en el Distrito Federal”. El propio Luis Echeverría, entonces en campaña presidencial, declaraba: “La Revolución no ha logrado ni la tercera parte de sus postulados ... Son muy viejos los problemas de México, no se pueden resolver en un sexenio.”<sup>36</sup> De hecho, 1970, el año de referencia inicial que escogimos en este libro para estudiar los cambios en nuestro país, se inicia con un vigoroso reconocimiento oficial de problemas sociales acumulados y la negación del “milagro mexicano”.

En 1971, en su primer año, el gobierno de Echeverría casi duplicó el siempre insuficiente presupuesto de educación, aumentó en 86 por ciento el de salud y seguridad social, incrementó la inversión pública en vivienda y servicios urbanos, mantuvo e impulsó programas del decenio anterior como los textos gratuito y los desayunos escolares, reorganizó y fomentó la enseñanza tecnológica, creó el Colegio de Ciencias y Humanidades, el Colegio de Bachilleres y la UAM, reforzó la educación universitaria en los estados, y puso en marcha organismos como el Infonavit, el Fonacot, el Conapo, la Procuraduría del Consumidor, la Comisión de Zonas Áridas y otros e incluso una política de control de natalidad que en un principio rechazaba.<sup>37</sup> El gobierno siguiente, el presidido por José López Portillo, amparado en el auge petrolero retomó, consolidó y amplió inversiones y gasto público en aquellas acciones sociales que las dificultades económicas afectaron en los últimos meses del sexenio previo.<sup>38</sup>

<sup>35</sup> Indicadores Sociodemográficos..., op. cit., pp. 244, 259 y otras, véase también F. Carmona (coord.), “Educación y desarrollo económico”, en *La educación. Historia, obstáculos, perspectivas*, con G. Bonfil, J. Carrión, L. Gómez Navas y G. Montaña, *Nuestro Tiempo*, 1967.

<sup>36</sup> Citas tomadas de Guillermo Montaña, “Los problemas sociales”, en Alonso Aguilar M. et al., *El milagro mexicano*, *Nuestro Tiempo*, México, 17a. ed., 1995, pp. 123 y 160. Concluye el doctor Montaña que tras de 60 años de “regímenes de la revolución” en nuestro país es “...una necesidad impostergable, una revisión a fondo y total de la organización economicosocial”, p. 124.

<sup>37</sup> Véase F. Carmona, “El fin del viejo «milagro»”, apéndice a la 3a. ed. (1973 y ss.) de *El milagro mexicano*, op. cit., pp. 364-382.

<sup>38</sup> Ana I. Mariño, *Globalización e impactos sobre la estructura del mercado de trabajo en México*, Cuadernos 32, Centro Nacional de Promoción Social, México, septiembre-octubre de 2000, pp. 21-27.

Aunque el auge económico pronto probó ser insostenible, en esos años cobró mayor vigor la participación económica e ideológica privada en negocios de educación, salud y seguridad, tendencias éstas reforzadas en la etapa neoliberal, en tanto que el gasto público social real por habitante descendía y se deterioraban los servicios, y sobre todo con los gobiernos de Salinas y Zedillo se introducían programas específicos como el de Solidaridad, Procampo, Progresía y otros, “focalizados” a combatir la “pobreza extrema”, sobre todo en el agro, que tanto han servido para afianzar el clientelismo y el corporativismo, complicando aún más la maraña burocrática y la corrupción, pero ya sin que el régimen pudiera evitar el creciente deterioro y eventual derrota del añejo partido oficial en la elección presidencial del año 2000.

Durante los pasados 18 años se mantuvo bajo el ingreso fiscal y aun se acentuó su regresividad, el gasto público hubo de destinarse en una enorme proporción al pago de servicios de la deuda externa e interna y la inversión y el gasto corriente social público han sido del todo insuficientes para atender las necesidades cuantitativas y cualitativas de los servicios sociales y los hechos por capital privado en éstos como negocio son, por definición, brutalmente excluyentes y los de beneficencia y caridad muy limitados en un océano de necesidades. Considérese, por ejemplo, que en 1997 en los Estados Unidos los impuestos indirectos, al consumo –en general favorables a los ricos– representaban el 14.6 por ciento de la recaudación total, en Canadá 22.3 por ciento y en México 54.2 por ciento; los impuestos directos al ingreso del causante, 48.4 por ciento en los Estados Unidos, 49 por ciento en Canadá y 26.9 por ciento en nuestro país,<sup>39</sup> situación que se agravará de aprobarse la propuesta del Ejecutivo de ampliar el IVA y reducir pagos sobre la renta.

Sin embargo, el país ha logrado ciertos indudables progresos cuantitativos en estos años, fundamentalmente ligados al proceso de urbanización. Por ejemplo, entre 1970 y 2000 se añadieron 13.6 millones de viviendas y el total nacional aumentó a 21.9 millones, ahora un 75 por ciento con dos o más cuartos, construidas con materiales durables (en los techos pasaron del 34.2 por ciento en 1970 al 63.7 por ciento del total) y ahora ya en un 78.1 por ciento de propiedad familiar en vez del 66 por ciento. El total de derechohabientes en el IMSS, ISSSTE, Pemex, ejército y armada más que se quintuplicó de 1970 a 1999, hasta alcanzar 57 millones de personas. Las encuestas muestran que en este último año el 27.3 por ciento de la población ocupada en actividades secundarias había estudiado la primaria completa y el 18.8 por ciento la media superior o superior y las proporciones respectivas de los trabajadores asalariados

<sup>39</sup>OCDE, Revenue Statistics, París, 1999, tomado de Joé Luis Calva, “Robin Hood al revés”, El Universal, México, 23 de febrero de 2001, p. A30.

son 27.7 y 27.9 por ciento; se amplió la cobertura de los programas de vacunación; surgieron y/o se consolidaron instituciones médicas de un alto nivel, etcétera.<sup>40</sup>

Sí, hay avances que como se ha visto en estas páginas, empero, están lejos de rebasar el marco del subdesarrollo, sin que se haya atenuado sino al contrario ahondado la desigualdad y acrecentado la polarización riqueza/pobreza. Los problemas son gigantescos. Estimaciones optimistas señalan un déficit de 5 millones de viviendas en el 2000, sin considerar los enormes déficit por la inadecuada calidad de materiales, espacios, instalaciones y servicios de una gran parte del actual acervo habitacional; según la Encuesta de Empleo de este año el 34.2 por ciento de la PEA carece de prestaciones de todo tipo y sólo 30.3 por ciento cuenta con seguridad social (aun el 48.3 por ciento de los asalariados carecen de ésta), el 44.3 por ciento o no recibieron instrucción o sólo alcanzaron una primaria o una secundaria incompleta, porcentaje que se eleva a 74.4 por ciento en el caso de los no asalariados.<sup>41</sup>

Es grave el deterioro físico de escuelas y condiciones de los maestros, la falta de materiales e inadmisibles el alto nivel de analfabetismo absoluto (9.6 por ciento)<sup>42</sup> y funcional un 12.5 por ciento de aquélla en 1997, sin contar la abrumadora mayoría de la población de mujeres, adolescentes y ancianos no incluidos en la PEA, sólo estudió entre uno y tres años de primaria.<sup>43</sup> No es menor el deterioro de la seguridad social, técnicamente quebrada en el ISSSTE y el reestructurado IMSS que pagan indecorosas pensiones medidas en minisalarios, este último despojado de cuotas transferidas a las Afores, ambas entidades afectadas por el desempleo, la baja de los salarios reales y el cambio de la composición demográfica.

### Creciente conflictividad, nuevas formas de lucha

De lo examinado en estas páginas puede concluirse que los grandes cambios de la estructura social de un México cada vez más urbano e internacionalizado, han sido impulsados, siempre en el marco del subdesarrollo tanto por fuerzas internacionales puestas en acción por la dinámica del capitalismo de los oligopolios, como por las políticas neoliberales de la globalización transnacional impuestas desde hace 18 años, que han vuelto más dependiente nuestra economía, más

<sup>40</sup>Indicadores Sociodemográficos..., op. cit., pp. 259-265, 231 y 209.

<sup>41</sup>Ibidem, pp. 208 y 209.

<sup>42</sup>Francisco Gutiérrez G., "Los niveles educativos de la población y su distribución en el año 2000", Demos. Carta Demográfica..., op. cit., p. 21.

<sup>43</sup>Cálculos con datos de M. Luisa González Marín, op. cit. Véanse notas 22 y 23. Los porcentajes de analfabetismo funcional en la PEA agropecuaria es 23.9 por ciento, en la industria 9.6 por ciento y el comercio, y servicios 8.2 por ciento.

compleja y polarizada nuestra sociedad y puesto en movimiento nuevas contradicciones, fuerzas y actores que las representan.

Los cambios habidos no han hecho perder el pronunciado carácter de clase de los principales problemas y las soluciones posibles. Las clases fundamentales del orden capitalista, la burguesía y el proletariado así como también las crecientes capas medias, se transformaron grandemente pero distan de desaparecer. El cambio de composición y condiciones de su desenvolvimiento son consecuencia de los procesos de acumulación, producción y urbanización, del desigual desarrollo de la escolaridad, del nuevo papel femenino en la sociedad y otros fenómenos inevitablemente marcados con sellos de clase. Más que antes del periodo de 30 años tomados como referencia en este libro y sobre todo en la etapa neoliberal iniciada en diciembre de 1982 con el gobierno de De la Madrid, los grandes privilegios se concentran en manos de la minoría burguesa, incluso de sectores de la pequeña burguesía y de las capas medias y sobre todo en las de una oligarquía monopolista que cada vez más “conglomera” distintas actividades y cuyo núcleo duro es un puñado de grandes millonarios cada vez más imbricados con la economía global y ellos mismos cada vez más transnacionalizados.

Vimos que todas las peores calamidades recaen sobre las grandes masas de asalariados de ciudad y campo, peones y jornaleros, obreros y empleados modestos, así como las de no asalariados, campesinos, trabajadores por su cuenta y eventuales de la economía formal e informal, y desde luego y con especial crudeza sobre los desocupados y subocupados no incluidos en los anteriores. El fardo más pesado, la mayor e inmediata deuda social del país es sobre todo con la mayoría de las comunidades indígenas, con las mujeres pobres de éstas y del campesinado en general, con los sin techo y moradores hacinados en viviendas mal hechas y sin servicios civilizados, con los que carecen de elementales pero eficientes servicios médicos, con los analfabetas “absolutos” y “funcionales” de ambos sexos, con los niños desnutridos y sin posibilidad de alcanzar una escolaridad y capacitación adecuadas, con los jubilados y pensionados cuyos ingresos año tras año han disminuido, con los pobres obligados a emigrar del país en busca de la posibilidad de ganarse la vida que aquí no encuentran.

Por la acentuada explotación o marginación de los muchos y la desigualdad de oportunidades, por el permanente desprecio, la discriminación social a indigentes y pobres e incluso por la racial antiindígena, por la antidemocracia en sindicatos, gobiernos locales, organismos sociales e instituciones que la alternancia electoral dista de resolver, se ha vuelto más conflictivo el devenir nacional. No desaparecen las luchas de clases, pero éstas ya no se libran con la misma composición social, organización, formas y alcances del choque de intereses clasistas.

Sin duda las clases subalternas se debilitaron, quizá sobre todo la clase obrera tradicional, no sólo en pequeños establecimientos en las que la mayoría sobrevive sino también en sectores minoritarios en fábricas y empresas de servicio con la mayor concentración de capital y mano de obra, cambios más profundos en los procesos de trabajo y más alta productividad, no tanto por la pérdida en los salarios reales que han sido menores en la industria manufacturera, en especial la de exportación y entre las capas más calificadas y productivas, cuanto en eficacia de sus sindicatos, conciencia política de clase, claridad de objetivos y combatividad, cualidades de por sí limitadas por la larga sujeción anterior al dominio corporativo y bajo el neoliberalismo y en la crisis más amenazadas por el desempleo.

Al mismo tiempo en esas luchas se hacen presentes, de manera contradictoria, heterogénea, a menudo asincrónica y con niveles distintos, nuevas constelaciones sociales de fuerzas, nuevas formas de organización, nuevas demandas, que no han dejado de plantearse en estas tres décadas de huelgas e insurgencia obrera que han debilitado al charrismo, movimientos de campesinos, colonos urbanos, mujeres, estudiantes, ecologistas, irrupción de la disidencia electoral de 1988 y las más frecuentes derrotas locales del PRI desde entonces, la rebelión zapatista de Chiapas, la bancarrota priísta del 2 de julio de 2000 y el formidable respaldo popular a la marcha de la comandancia del EZLN en todo su recorrido en 2001 desde las montañas y selvas chiapanecas hasta la capital del país, en defensa de los derechos y la dignidad de los indígenas y de todos los pobres.

La composición, contenidos y bases estructurales de la lucha son distintos de los de un pasado irrepetible. Deseamos que la consideración de los hechos aquí presentados pueda ser útil para una mejor comprensión de nuestro acontecer, en el que ocupa el primer plano la contradicción entre las mayorías explotadas y empobrecidas con la poderosa minoría enriquecida, dueña de un poder sin la voluntad de modificar a fondo el estado de cosas actual y poner un alto a las peores tendencias, a ésas que lesionan gravemente a nuestro pueblo y nación.